

Días con nosotros

Nuestra lucha a la luz del Saimo 46

Andrés M.º Tornos S. I.

Una tentación

No faltan quienes la hayan sentido. Pegajosa. Hasta encogerse de hombros o de espíritu. Y, hundidos en ella, siempre de algún modo el mismo desánimo: ¿estamos, como Iglesia de Cristo, a la altura de nuestro 1954?

Hecha la enumeración mentalmente, parece que les oprime. Problema social: no acaba de prender nuestra mística del amor tan honda y sincera como la del odio; los caminos que tanto optimismo abrían no llevan a nada. — Problema científico: en otros campos las excusas, más o menos sólidas, son especiosas por lo menos, pero aun la teología parece empolvada, lejana, rutinaria... El cine y la televisión casi siempre contra la moral. Materialismo de la técnica sobre lo económico. Y fuera de esto, — o quizá por ello, — tantos que viven al margen de lo eclesástico sí no es para bautizos, bodas y entierros.

Ganemos una perspectiva histórica

Es necesaria para no dictaminar como los niños y los nuevos ricos de la reflexión irresponsable. Ni el problema de la decadencia

de Occidente (o de Europa, España etc.) se resuelve alegremente después de Hegel y Spengler. Es lógico. Las culturas y las ideas tienen una vida, y por lo tanto lo que llamaríamos una biología espiritual con sus leyes propias. Genios y héroes juntos no pueden contra ellas. Las civilizaciones ni nacen ni florecen ni mueren sino en sus tiempos y con sus síntomas. ¿Qué pensar de la Iglesia en este plano de reflexión histórica sería? Y antes todavía, ¿qué clase de reflexión? Porque nuestra enérgica vivencia de espontaneidad, libertad, transcendencia, nos obliga a algunas precisiones.

Ante todo, no podemos confiar en una ciencia de la historia que nos dé el futuro hecho. Es ilusoria. Cuentan en él nuestra pereza y nuestro esfuerzo, — sobre todo junto a la pereza y esfuerzo de hombres extraordinarios. Y es que el presente condiciona al mañana aunque no lo determine. Tan absurdo es un mañana en absoluto nuevo, independiente del ahora, como un mañana irremediamente hecho desde siempre. Antes de caer habría que luchar mucho todavía.

La segunda precisión nace de la misma

naturaleza de la Iglesia. Porque como es cierto que el devenir físico se hace historia cuando actúa la libertad humana, es cierto que al actuar la libertad de Dios saltamos a fenómenos transhistóricos. Ni la psicología de Jesús, Hombre-Dios, ni la historia de la Iglesia, se pueden estudiar hasta sus últimos estratos sin fe. Necesitamos teología. Y como el órgano de la teología es la revelación, necesitamos de la Sagrada Escritura.

EL SALMO 46

Son infinitos los pasajes en que hallaríamos luz. Elegimos éste, porque — siendo menos conocido — va al fondo de la cuestión sin retroceder ante las expresiones más terminantes. Es además una página de poesía inolvidable y ardiente, llena de vitalidad religiosa y humana. Mitad himno y mitad profecía, rueda en sus versos la grandeza de Dios. Y en la seguridad matemática de tres estrofas medidas, escenas formidables las tres, encierra, apretado de sentido, nuestro problema de la Iglesia en la historia.

Clave fundamental de solución

“Dios es para nosotros refugio y fuerza, ayuda siempre cercana en el peligro”. Así el verso primero. Y todos los demás, como el despliegue de un tema sinfónico, presentarán esta idea vértice desde todas las vertientes de la lucha. Es la fuerza vital de una fe magnífica que hará frente impávida a la batalla cósmica de los elementos (v. 2, 3, 4.) para sentirse luego tranquila sobre el estallar de las oleadas humanas (v. 5, 6, 7.) y descansar por fin en Dios, con una victoria plena de sentido, al apagarse del mundo y de la lucha (v. 9, 10, 11). Jerusalén es la ciudad del Señor. El en ella vive y vivirá por siem-

pre. Frente al destino del mundo que envejece y muere, ella se encuentra por la fe junto a El, en su presente eterno. Por eso todo lo mira con serenidad y dominio.

No podemos fijar con seguridad la cronología del salmo. Sin duda canta una gran victoria de Israel, o quizá su perenne triunfo según las promesas. Una cosa es cierta: Jesús edificó a la Iglesia, a su Iglesia (Mt 16¹⁷). y con ella vive cada día hasta el fin de los siglos (ib. 28, 20.). La teología de la presencia de Dios en su pueblo tiene pleno sentido para nosotros en 1954.

Fuerzas cósmicas en acción

Palestina sabe cuatro veces cada siglo de torres danzantes que se desploman y precipicios nuevos que se abren. A nosotros nos impresionan más ahora esas energías fortísimas que operan en las zonas opacas del espíritu. Inclinaciones anteriores, como el subconciente, al bueno y malo; hambre de más y hastío de un yugo presentido, de las medianías y el esfuerzo, del «tú vales más», «no se puede». «siempre fué así». En definitiva, toda la gama de fuerzas ciegas muchas veces incoercibles, que sin imposibilitar el «no» juegan con miles de hombres y se ríen de su buena voluntad. La novela rusa del XIX ha creado para ellas un puesto en la literatura y en la reflexión histórica. Las tenemos en cuenta. Es otro aspecto del tremendo dinamismo cósmico que opera en el Salmo contra la ciudad santa.

Pero nuestra fe ve en Dios un Creador total: del paisaje y el espíritu, de la situación social y de la noche tremenda en que cayeran los montes al centro del mar como en el Salmo (v. 3). Por eso junto al salmista contemplamos el avanzar imponente de lo divino en cada derrumbarse de la naturaleza y cuando gimen las estructuras del ser. Todo el

poder tremendo que las sacude está por nosotros y temblamos conmovidos de seguridad.

Un paso más. Sabemos que esas ciegas fuerzas cósmicas de que hablamos, — también la reversión de la sabiduría hacia la técnica, el hastío del espíritu, nuevos goces y nuevas angustias sin horizonte religioso, prescindencia casi forzada del más allá en una agobiante lucha por la vida, — tienen mucho que ver con las tres concupiscencias. Sí. No importa. También el fondo oscuro del mundo despedazado que recoge el Salmo simboliza un avanzar de las fuerzas del mal. Sin embargo, no hay más que un Creador. Son también de Dios. Viciadas, reflejan aún su poder. Sublevadas, oírían fatalmente su voz. Y Cristo lo dijo: «las fuerzas del mal no prevalecerán contra ella» (Mt 16¹⁸). Un mundo nuevo saludaría conmovido al cristianismo eterno que le hablara de su Padre Dios.

Guerra abierta (2.^a estrofa)

Como creyentes no podemos hacernos ilusiones. Hay mil voluntades, sin duda con recursos fabulosos a su dictado, que quieren hundir la obra de Jesús fría, férrea, inteligentemente. Así es. Como el oleaje de los pueblos hirviendo frente a las torres de Jerusalén: «se agitaron los pueblos y los reinos se ven sacudidos» (v. 7).

Entre tanto el salmista iluminado ha abierto su estrofa con una exclamación de júbilo: «El empuje del mar alegra la ciudad de Dios, la más santa entre las moradas del Altísimo» (v. 5). Notemos que «santidad» en el templo de Dios es en lenguaje bíblico lejanía de todo lo profano, elevación intangible para lo vulgar y ordinario. Por lo mismo, altura sobre la batalla. Sin más armas y aunque no tuvieran muros ni defensas naturales, los hijos de la ciudad Santa esperarán

imbatibles la hora del último ataque. Aun cuando todo parezca perdido. Es la misma voz gigante de Habacuc, el hijo del campo: «Aunque la higuera no retoñe, ni las viñas, estériles, florezcan, y me niegue su fruto el olivo; aunque en el campo yermo no haya pastos y se vacíe de ovejas la majada y el establo de bueyes, yo esperaré en el Señor y me alegraré en Dios mi Salvador: Dios, el Señor, es mi fortaleza» (Hab. 3¹⁷⁻¹⁹).

Paralelamente al morir de la guerra en el Salmo con el trueno imponente de Dios, — «hizo Él sentir su voz y se conmovió la tierra» (v. 7) — aquella palabra divinamente sencilla de Jesús: «En el mundo sufriréis, pero confiad. Yo he vencido al mundo» (Jn 16³³). Un nuevo amanecer — cuando parece ha conseguido dominar la noche empieza en realidad a amanecer — verá la magnífica victoria de Dios. Como aquel despertar de Senuquerib con un ejército destrozado al que alude, casi ciertamente, el socorro de Dios al clarear el día (v. 6).

S. Agustín aquí, en una de sus magníficas intuiciones, recuerda (ML 36, 522) la palabra de Jesús acerca de sí mismo: «Quien cayere sobre esta piedra se hará pedazos y si ella cayere sobre alguno le aplastará» (Lc. 20¹⁸). Así es. De aquí que la Iglesia, sabiendo que el combate pertenece a su atmósfera histórica, no lo teme. El combate tantas veces opresivo, angustioso. Y es de nuevo S. Agustín el que compara los que luchan contra ella a cerámica lanzada contra las peñas (ib. col. 523). Esa es nuestra grandeza. «El barro lanzado contra Dios se estrella más tragicamente cuanto más fuerza lleve».

Triunfo Eterno de Dios (3.^a estrofa)

Parece esperamos la revelación de un campo de cadáveres allí donde hervían los ejércitos seguros de vencer a Sión.

No. Por encima de una visión puramente humana estamos elevados a la contemplación del sentido transhistórico de los pueblos. Dios quiere la paz: «Venid y ved sus obras, las maravillas que realiza en la tierra, pone fin a las guerras hasta las fronteras del mundo: rompe los arcos, parte las lanzas y entrega los carros al fuego» (vv. 9, 10). La marea infinita de las edades tiene un signo de esperanza sobre su lucha. Con la revolución de todos los planes de Dios, el último día escuchará las bendiciones de todas las tribus y lenguas en un Padre Nuestro definitivo: ese grandioso «Santificado sea tu Nombre» por su riqueza para los pobres, los buenos y los débiles. Justa venida de un reino total, hasta sobre los convidados de muchos días que nunca quisieron entrar en las bodas, sobre los ciegos que no quisieron ver y sobre todos los egoísmos y traiciones de los 30 denarios. Voluntad perfecta en el cielo nuevo y una tierra nueva: en una palabra el reconocimiento

y confesión de Dios del penúltimo verso del Salmo.

Y es que también la historia — más precisamente ella, porque, cuando se cierre, serán luz todos los misterios ahora oscuros de la bondad de Dios — «ha sido creada para alabar, hacer reverencia y servir a Dios Nuestro Señor». Como las órbitas de la noche y el canto monótono de las horas, quería, necesitaba el sacerdocio de un corazón contemplativo y unas manos puras que la ofrecieran, blanco sacrificio de alabanza. Y Cristo, Eterno Sacerdote, vive en la Iglesia hecho el Santificador de la Historia. Tenemos un cántico de la paz, sincero como esa victoria de la fe que vence al mundo (1 Jn 5⁴). Como ese sacerdocio de los siglos que está en Cristo y participan los llamados por Él a su ministerio. Como el martilleo de los dos hemistiquios definitivos:

«El Señor de los Ejércitos está con nosotros, nuestra defensa es el Dios de Jacob».

Dios es para nosotros defensa y fuerza,
ayuda siempre cercana en el peligro.

Por eso no tememos aunque se desquicie la tierra
y los montes se despeñen al centro del mar.

Que hiervan y se arremolinen las olas
y los montes retiemblen a sus embates:
El Señor de los Ejércitos está con nosotros,
nuestra roca es el Dios de Jacob.

El empuje del mar alegra la ciudad de Dios,
la más santa entre las moradas del Altísimo.
Dios habita en su centro y ella no vacila,
la socorre al clarear el día.

Se agitaron los pueblos. Los reinos se ven sacudidos.
Hizo Él sentir su voz y se aterró la tierra.
El Señor de los Ejércitos está con nosotros,
nuestra roca es el Dios de Jacob.

Venid, admirad las obras del Señor,
qué maravillas realiza en la tierra,
Él, que pone fin a las guerras hasta las fronteras del mundo,
rompe los arcos, parte las lanzas
y entrega los carros al fuego.

«Rendíos y confesad que soy Dios,
exaltado entre las razas, exaltado sobre la tierra».
El Señor de los Ejércitos está con nosotros,
nuestra roca es el Dios de Jacob.



*«Los judíos, dice el Apóstol, reclaman señales»—para creer—
«y los griegos buscan sabiduría»—esto es los razonamientos necesi-
tantes y los demás silogismos. «Pero nosotros predicamos a
Cristo crucificado, causa de escándalo para los judíos»—porque
conociendo las profecías no creen en su realización— «y locura pa-
ra los gentiles»—porque encuentran quimérico los que se creen
sabios... que Dios tenga un Hijo, y que este Hijo haya padecido.
De donde aferrados en sus propios prejuicios, no quieren creer.
La venida del Salvador no ha hecho a los hombres necios, duros
de corazón e infieles; sino que al contrario, los ha hecho prudentes,
dóciles y además fieles. Mas los que apartándose de la adhesión
voluntaria de los dóciles no quisieron creer, se mostraron necios,
indóciles y estóldos. «Pero para todos los elegidos, sean judíos o
griegos, Cristo es la fortaleza y la sabiduría de Dios» (1 Cor 1²²⁻²⁴)*

Clemente de Alejandría, I Stromata: XVIII, 88, 1-8.